LA DERECHA ESTADOUNIDENSE Y LA REALINEACIÓN TRANSATLÁNTICA

Gladden Pappin

1. Introducción

A ambos lados del Atlántico los votantes descontentos han sacudido el orden político establecido y se han unido en torno a las banderas de sus naciones –banderas que habían sido pisoteadas en el apogeo de la globalización, banderas ahora enarboladas por jefes inesperados y nombres sorprendentes. Al modo de ver de sus críticos, esos movimientos comparten un hilo común, o más bien encarnan una amenaza común: el resurgimiento de un populismo y nacionalismo que, en el pasado, habían sido vencidos al precio de una guerra. Al modo de ver de los partidarios de estos movimientos, sin embargo, encontrar el elemento común es más difícil. Ello es quizá cosa natural: el globalismo puede fácilmente expresarse en «el inglés de Wall Street», pero las naciones tienen cada cual su carácter particular, y los dirigentes nacionalistas tienen a menudo poco o ningún interés por coordinar sus actividades. Los Estados Unidos de América no están exentos de esta dificultad. Al fin y al cabo Donald Trump fue elegido bajo el eslogan «*Make America Great Again*» (devolver a los Estados Unidos su grandeza). Con pocas excepciones, los debates acerca del futuro de la derecha estadounidense responden a un punto de vista puramente local.

Hay no obstante un motivo muy poderoso para plantear la cuestión de si las reconfiguraciones políticas en los Estados Unidos y en Europa comparten raíces comunes: en los sistemas democráticos un dirigente político populista o nacionalista, incluso con éxito, terminará un día u otro por encontrarse con la derrota. Si Donald Trump sufriese una derrota en la elección presidencial de noviembre de 2020,

muchos sugerirán que la reconfiguración de la derecha americana que se produjo con ocasión de su elección fue un esfuerzo abocado al fracaso y que, después de un paréntesis de cuatro años, el liberalismo global puede reanudarse tranquilamente. Una perspectiva transatlántica hace que ese argumento sea más difícil de mantener. Sin duda alguna la reconfiguración de la derecha estadounidense necesita urgentemente una perspectiva transatlántica. En las páginas que siguen describiré el carácter y las transformaciones del conservadurismo americano en los años de Trump, e intentaré vislumbrar a qué se parecerá la política estadounidense después de Trump –con independencia de lo que ocurra en las elecciones de noviembre.

2. Reacciones contra el régimen de las separaciones

De las características de la democracia moderna surge un cuadro explicativo convincente para comprender las tendencias políticas contemporáneas a ambos lados del Atlántico. En su *Cours familier de philosophie politique*, Pierre Manent distingue «varias grandes categorías de separaciones»: «Separación de las profesiones o división del trabajo; separación de poderes; separación de la Iglesia y del Estado; separación de la sociedad civil y del Estado; separación entre representados y representantes; separación de los hechos y de los valores, o de la ciencia y la vida» (1). Estas separaciones han sido el motor que económica, política y socialmente, hizo funcionar a la democracia liberal. Según confesión propia, el liberalismo pretendía separar cuestiones que históricamente habían estado unidas. La separación de las profesiones permitiría a cualquiera crear una empresa y lucrarse con ella, deseablemente para beneficio del conjunto. La separación de poderes permitiría a los Estados modernos mantener el poder sin sucumbir a la tiranía. La separación entre la Iglesia y el Estado emanciparía a la Iglesia para predicar el Evangelio y permitiría al Estado centrarse con mayor eficacia en los objetivos civiles. La sociedad civil florecería sin la interferencia

(1) Pierre Manent, *Cours familier de philosophie politique*, París, Fayard, 2001, pág. 27.

del Estado. El gobierno representativo proporcionaría los beneficios de la democracia sin necesidad de democracia directa. Y, finalmente, una ciencia libre para perseguir el conocimiento tal como en ella se entiende sería plenamente beneficiosa para la humanidad.

No es este movimiento de separaciones el que actualmente caracteriza a las democracias occidentales, sino más bien reacciones *contra* el sistema de separaciones. Estas reacciones toman varias formas, y ninguna reacción se dirige de manera global contra el sistema en su conjunto. Cierto que es difícil imaginar cómo sería una reacción completa contra el sistema de separaciones. La división del trabajo, al fin y al cabo, está muy lejos de desaparecer. Pero en las democracias occidentales ha surgido una protesta contra la división excesiva. Muchas empresas han cortado amarras con sus países de origen, y se han convertido en monstruos internacionales que no rinden cuentas a nadie. La separación de empleos nos ha llevado, más allá de la optimización que resulta de la división del trabajo, a fenómenos como los visibles en letra pequeña al dorso del teléfono *iPhone*: «Diseñado por Apple en California, montado en China». La ineficiencia de las cadenas de suministro farmacéutico en la globalización se ha hecho dolorosamente clara con motivo de la reacción contra la epidemia del coronavirus. En los Estados Unidos, la separación de poderes a menudo parece habernos llevado a ineficiencias administrativas y bloqueo político. La separación entre la Iglesia y el Estado ha empujado a la Iglesia completamente fuera de la vida pública, hasta tal grado que habría sorprendido a los estadounidenses del siglo XIX e incluso mediados del siglo XX. Mientras tanto, las maravillas producidas por la ciencia de los ingenieros en el siglo XX parecen destinadas a ser eclipsadas por las monstruosidades de un nuevo eugenismo que, como el anterior, se reviste con los ropajes del humanitarismo. Finalmente, la separación entre representados y representantes parece haberse ampliado, al caer cautivados los representantes por intereses financieros y presiones empresariales (2).

(2) Ver mi artículo «Corporatism for the Twenty-First Century», *American Affairs*, 4, núm. 1, primavera de 2020, págs. 89-113.

3. Trump y la respuesta conservadora estadounidense

El analista político norteamericano Michael Lind ha descrito la situación como una nueva guerra de clases. «Ha estallado simultáneamente una guerra de clases transatlántica en muchos países occidentales», escribe, «entre élites basadas en los sectores empresarial, financiero, gubernamental, de los medios de comunicación y la educación, y las clases de trabajadores populistas salidos, en medida desproporcionada, de la población nacida en cada país. El viejo espectro de izquierda y derecha ha dado paso a una nueva dicotomía en política entre *insiders* (los instalados) y *outsiders* (los marginados)» (3). Un muy debatido análisis del electorado de 2016 en los Estados Unidos muestra cómo esta reconfiguración había comenzado a producirse. Lee Drutman, el autor del estudio, comparó las opiniones sociales y económicas de los votantes de Donald Trump y Hillary Clinton en 2016. Advirtió, sin que ello nos sorprenda, que los votantes tradicionalmente conservadores se habían inclinado por Trump y los tradicionalmente liberales (en el sentido estadounidense, es decir de izquierdas o progresistas) se habían inclinado por Clinton. Lo que propulsó a Trump fue su victoria sobre Clinton, en una proporción de tres contra uno, entre los votantes *populistas* –es decir, aquellos liberales (esto es, de izquierdas) en asuntos económicos y conservadores en cuestiones sociales o de identidad. Lo más llamativo es que los populistas representaban el 28,9 por ciento del electorado estadounidense en 2016, mientras que los votantes libertarios –aquellos conservadores en economía y liberales o de izquierdas en cuestiones sociales– representaban únicamente el 3,8 por ciento del electorado (4).

Fueron los resultados de Trump entre los votantes populistas, el gran número de votantes populistas y la falta de atención de Trump hacia los libertarios, los datos que conmocionaron particularmente a la derecha estadounidense.

(3) Michael Lind, *The New Class War: Saving Democracy from the Managerial Elite*, Nueva York, Portfolio, 2020, pág. 1.

(4) Lee Drutman, «Political Divisiones in 2016 and Beyond: Tensions between and within the Two Parties», *Voter Study Group*, junio de 2017.

Desde los años 1960, la derecha había estado marcada en los Estados Unidos por una combinación de conservadurismo social y cultural y, con mayor intensidad, un enfoque libertario en materia económica. La terminología puede prestarse a confusión, ya que los conservadores norteamericanos han tendido a mantener opiniones típicamente calificadas como liberales o neoliberales en el contexto europeo: están a favor de un Estado pequeño con mínima intervención en el sector privado, propugnan (al menos en teoría) la privatización o eliminación de muchos servicios gubernamentales, y desconfían tanto de subsidios públicos como de servicios públicos, pero con excepción de la importancia que atribuyen a un ejército fuerte. Esta alianza fue favorecida por el giro del Partido Demócrata hacia la izquierda, aunque previamente el Partido Demócrata había sido el hogar político de los inmigrantes católicos, socialmente conservadores, que en los años 1930 apoyaron el programa corporativista de Franklin D. Roosevelt. La derecha estadounidense hizo suyo un neoliberalismo económico apoyado en términos socialmente conservadores, apelando a la tradición americana de autosuficiencia e independencia –lo que Alexis de Tocqueville había llamado *«la doctrine de l´intérêt bien entendu»*. A partir de finales de los años 1960 y durante los siguientes años 70, el Partido Republicano, tradicionalmente el partido de los industriales del Noreste liberales en lo social, quiso captar los votos de los descontentos demócratas del Sur, conservadores en lo social. Llegada la presidencia de Ronald Reagan (1981-1989) ese movimiento se había consolidado, y el Partido Republicano se había convertido en un partido conservador en lo social y neoliberal en lo económico.

Se necesita un factor adicional para explicar cómo el Partido Republicano y los conservadores estadounidenses respondieron a la victoria de Trump. Tocqueville observó con mucho acierto que los Estados Unidos eran una sociedad llena de asociaciones, con ciudadanos que constantemente formaban nuevos grupos para apoyar cambios políticos, culturales y sociales de todo tipo. Durante la segunda mitad del siglo XX muchas de esas asociaciones dejaron de ser expresión orgánica de ciudadanos activos y se convirtieron

en grandes fundaciones que promovían los objetivos de sus donantes. En la derecha, este cambio significó que los *think tanks* (institutos de estudios) conservadores, los grupos de activistas políticos y demás entidades similares adoptaron un punto de vista casi universalmente libertario, ya que los donantes que financiaban esas fundaciones sostenían posiciones libertarias en economía. Por consiguiente, en las conferencias típicamente conservadoras para estudiantes universitarios, los estudiantes conservadores en lo social se imbuían de doctrinas libertarias sobre el libre mercado en su más abstracta variedad. Como los conservadores estadounidenses se habían nutrido de las formulaciones del liberalismo inglés en el siglo XIX, se hicieron cada vez más hostiles y escépticos frente al Estado. En una exposición estereotipada de la historia de los Estados Unidos con arreglo a este punto de vista, los Estados Unidos habrían sido un paraíso libertario hasta la presidencia de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), cuya drástica expansión del gobierno federal destruyó las tradicionales libertades americanas, condujo a la creación del estadounidense Estado del bienestar y, en consecuencia, entorpeció el progreso económico americano. La realidad es muy diferente, ya que los Estados Unidos habían adoptado muy pronto en el siglo XIX un modelo de industrialización dirigida por el Estado, en consonancia con las doctrinas de Alexander Hamilton (1755-1804), uno de los padres fundadores de los Estados Unidos y primer Secretario del Tesoro.

Si bien es cierto que los votantes libertarios representaban únicamente el 3,8 por ciento del electorado de 2016, las ideas libertarias habían tenido un efecto deletéreo sobre el carácter del moderno conservatismo americano. La mayor parte de los *think tanks* conservadores americanos habían compuesto una ideología llamada «fusionismo», que fusionaba ideas económicas libertarias con opiniones conservadoras o tradicionales en asuntos de vida familiar y deberes sociales. Después del fin de la guerra fría, el libertarismo hizo explosión en la derecha, y el Partido Republicano llegó al poder en el Congreso federal tras las elecciones de 1994 con la misión de reducir el gasto público y los subsidios sociales. Aunque no se cumplieran los sueños de

ese movimiento (el cual había incluso aspirado a suprimir numerosas agencias federales, tales como el Departamento de Educación), se firmaron acuerdos de libre comercio con el apoyo de republicanos y demócratas. El NAFTA (Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio) se firmó en 1994 y China se incorporó a la Organización Mundial del Comercio en 2001. Durante este periodo los Estados Unidos creyeron que la economía del futuro combinaría la monetarización de la tecnología de internet (durante la «burbuja de internet» y después de la misma) y la transición desde un empleo fuertemente industrial a una economía de servicios (hostelería etc.). Con pocas excepciones, los conservadores estadounidenses tenían poco o nada que decir sobre este cambio, mientras que el núcleo industrial de la economía de los Estados Unidos se vaciaba de sustancia. Como los conservadores fusionistas habían externalizado la parte económica de sus ideas a favor de los libertarios, los deseos que manifestaban se reducían en este punto a que «se dejara funcionar a las fuerzas del mercado». En ausencia de una política económica que ayudara a los trabajadores de a pie americanos, la insistencia de los conservadores en mantener las estructuras familiares tradicionales se convirtió en algo vacío y moralista. Muchos votantes negros e hispanos, por lo demás conservadores en lo social, se apartaron del Partido Republicano por esta razón. Pero los votantes blancos socialmente conservadores, incluso aquellos a quienes las políticas económicas republicanas no servían de ayuda, permanecieron con el partido con la esperanza de que los presidentes republicanos designarían jueces del Tribunal Supremo y de los demás tribunales federales que fuesen conservadores en lo social. En los Estados Unidos la legalización del aborto y del matrimonio homosexual se decidieron al nivel nacional en virtud de sentencias del Tribunal Supremo (*Roe v. Wade* en 1973 y *Obergefell v. Hodges* en 2015, respectivamente), en lugar de por vía legislativa. Un momento crucial en la campaña de 2016 fue de este modo la decisión de Trump de divulgar, en mayo de aquel año, una lista de posibles candidatos al Tribunal Supremo, a fin de inspirar confianza en los votantes pro-vida sobre sus intenciones al respecto.

Se hicieron esfuerzos periódicos por reformar el Partido Republicano con arreglo a líneas menos libertarias: «conservadurismo compasivo» durante la campaña presidencial de George W. Bush, y «conservadurismo reformista» hacia el final de la administración del mismo Bush en 2008. El conservadurismo reformista planteó modestas propuestas a fin de conformar una política económica que fuera más beneficiosa para los votantes del Partido Republicano socialmente conservadores y pertenecientes a las clases trabajadoras. Pero esas propuestas eran generalmente de poca monta e indirectas, tales como aumentar las deducciones fiscales por hijos para permitir que educar una familia resultase más viable. El conservadurismo reformista no ofrecía ninguna visión de la economía –de aquello a lo que la economía americana en su conjunto debería parecerse y del papel que el Estado debería tener para hacerlo posible–. La situación en que hizo su entrada Trump en 2015 y 2016 era, por lo tanto, una situación en la cual el Partido Republicano era férreamente prisionero de las reglas de juego que se habían establecido en los años 1970 y 1980, un relato típicamente americano de riesgo empresarial y éxito –un modelo de capitalismo del *laissez-faire* que se parecía poco al capitalismo altamente financiarizado del siglo XXI, dominado hoy por la minimización de los costes laborales y la sustitución de la antigua economía industrial por otra basada en internet, las finanzas y los servicios–.

4. Una tipología de los conservadores estadounidenses

A estas alturas el relato de la victoria de Trump en 2016 es ampliamente conocido. Trump apeló a los votantes de clase obrera en las regiones tradicionalmente demócratas de los *swing States* (estados bisagra) –los que se inclinan hacia la derecha o la izquierda dependiendo de las circunstancias políticas, y tienen suficiente peso como para modificar el resultado de las elecciones presidenciales. En 2016, por ejemplo, muchos condados de la Pensilvania occidental, parte del corazón obrero del país donde el sector industrial había sufrido particularmente, bascularon hacia Trump en

un 25 por ciento respecto de las elecciones de 2012. Trump ganó en 2016 en Florida, Michigan, Pensilvania y Wisconsin, mientras que perdió en otros dos *swing States*, Minesota y New Hampshire. Esos seis Estados seguirán en 2020 en el corazón de la batalla, particularmente si el Partido Demócrata designa a Joe Biden, quien está fuertemente relacionado con los votantes obreros y con el electorado negro. Biden podría fácilmente poner en peligro los resultados de Trump en Pensilvania, Michigan y Wisconsin, igual que en los demás Estados bisagra.

La conmoción causada por la elección de Trump fue tan fuerte en los Estados Unidos como en todas partes, en la medida en que muchos conservadores, particularmente los de la variedad más ideológicamente libertaria, habían hecho campaña contra él durante las primarias de 2016. Los conservadores americanos se han dividido en tres principales categorías desde aquella elección: 1) los que se opusieron a Trump, se le oponen todavía y aspiran a recuperar el control del Partido Republicano sobre la base de la plataforma de las últimas décadas, *pro-business* y *laissez-faire*; 2) los que fueron inicialmente escépticos respecto de Trump pero se han unido en torno a la causa del nacionalismo; y 3) los que han aprovechado la ocasión de la presidencia de Trump para impulsar una nueva versión del conservatismo y por lo tanto una nueva derecha. Echemos un vistazo sobre estos tres grupos de conservadores.

Conocidos comúnmente como *Never Trumpers*, «nunca trumpistas», este primer grupo ha crecido en amargura a lo largo de los años desde 2016. Inicialmente organizado en torno a la revista de Bill Kristol, la hoy desaparecida *Weekly Standard*, los *Never Trumpers* son quienes se calificaban como neoconservadores en la era de George W. Bush –los que estuvieron a favor de la guerra de Irak en el exterior y del capitalismo de Wall Street en el interior. Trump se les opuso en ambos asuntos y por ello se atrajo sus iras. Su oposición a Trump ha dado luz a lo que algunos llaman irónicamente el «síndrome de trastorno Trump»; han fundado nuevos sitios *web* financiados por donantes como *Bulwark* y *Dispatch* (Jonah Goldberg), cuyos contenidos son a menudo imposi-

bles de distinguir de la histeria contra Trump en la CNN o la MSNBC. Su principal figura política es el senador de Utah Mitt Romney, el candidato presidencial que fracasó en 2012. Recientemente algunos *Never Trumpers* han llegado a apoyar a Joe Biden para las elecciones de 2020. Organizaron en el pasado mes de febrero una pequeña conferencia sobre «El conservatismo de principios» en Washington, y también han utilizado el eslogan «conservar el conservatismo». Como sugieren estos nombres, los *Never Trumpers* interpretan la orientación política del fusionismo conservador de los años 1980 como si de las eternas tablas de los diez mandamientos se tratara. Mientras que atacan a Trump por poner sus intereses personales por encima de los del país, adhieren con entusiasmo a los «principios conservadores» (sobre el libre comercio, por ejemplo), incluso aunque el país haya sufrido por la aplicación ideológica de tales principios. Su actitud hacia las regiones deprimidas de los Estados Unidos bordea el desprecio absoluto. Habida cuenta de que el respaldo a Trump entre los republicanos se encuentra en torno al 90 por ciento, los *Never Trumpers* se han convertido en un amasijo de seudointelectuales financiados por grandes donantes y sin casi base alguna en el Partido Republicano en su conjunto. Su visión del Partido Republicano como una alianza entre conservadores en lo social y libertarios en lo económico –con el partido dirigido por estos últimos– ha quedado hecha jirones.

El segundo grupo de conservadores ha interpretado a Trump principalmente en el sentido nacionalista, pero dejando intacto por lo demás el conservatismo americano tradicional (antiestatal). Entre los votantes, se trata de aquellos estadounidenses que gravitaron en torno al eslogan de Trump, *Make America Great Again*, así como las restricciones a la inmigración y el rechazo del internacionalismo en política exterior. Algunos intelectuales conservadores abrazaron el marco nacionalista desde el principio, tales como Michael Anton, cuyo artículo «The Flight 93 Election» («La elección del vuelo 93», una referencia al funesto vuelo del 11 de septiembre) puso abiertamente en contraste las opciones de Trump y Hillary Clinton. Escribiendo en 2016 en el *blog* o cuaderno de bitácora irónicamente llamado *Journal*

of American Greatness (Diario de la grandeza americana, un blog en el cual yo también he escrito) bajo el seudónimo de Publius Decius Mus, Anton denunció a los «conservadores de la *checklist* (lista de control)» por no haberse apartado de la ideología del libre mercado y de la política exterior neoconservadora, a pesar de sus repetidos fracasos. Este grupo de conservadores nacionalistas se han reunido en torno a publicaciones del Instituto Claremont, radicado en California, como la *Claremont Review of Books* y las publicaciones en la red *American Mind* y *American Greatness*. Aparte de haber evolucionado generalmente en un sentido más nacionalista en política exterior y política de inmigración, este grupo no ha tenido sin embargo mucho que decir sobre las consecuencias de un reajuste político más amplio.

El pasado verano el intelectual israelí Yoram Hazony lanzó una conferencia en Washington bajo el nombre de «Conservadurismo nacional», con la aspiración de reunir a intelectuales y políticos que rechazan el marco fijado por los *Never Trumpers*. La defensa del nacionalismo por el propio Hazony, expuesta en su libro *The Virtue of Nationalism* (2018), es bastante *sui generis*. Al modo de ver de Hazony, las naciones están en permanente oposición a los imperios, en lucha contra los cuales terminan siempre bloqueadas. Resulta difícil encajar en este esquema a naciones que se convirtieron en imperios o los adquirieron (por ejemplo ¿qué diría acerca de Argelia este nacionalismo anti-imperial?). La visión de Hazony sobre las naciones está fuertemente arraigada en el Antiguo Testamento y en la experiencia de Israel e Inglaterra, al igual que en una óptica del conservatismo, peculiarmente inglesa, como tradicionalista y apartado de la razón. Este «conservadurismo nacional» es también marcadamente protestante, como demuestra que Hazony haya promovido la opinión de que la obra de Enrique VIII constituyó el primer *Brexit* en resistencia contra el imperalismo eclesiástico. Mientras que se alinea abiertamente con los populistas y nacionalistas europeos, este conservadurismo nacional, sin embargo, tiene poco que decir acerca de las fuentes del pensamiento de la derecha continental, desde el Derecho romano hasta la Iglesia o la utilización conservadora del Estado.

No obstante, el conservadurismo nacional ha sido importante por dos razones. Primero, ofrece a los neoconservadores pro-Trump (o anti-anti-Trump) una etiqueta bajo la cual agruparse. Muchos políticos de Washington, los llamados halcones en cuanto que partidarios de una política exterior agresiva, que se habrían aliado o unido a los neoconservadores en tiempos de Bush por razones de política exterior, se han unido a Trump asqueados por las tropas *Never Trump*. Una segunda razón de la importancia del conservadurismo nacional es que ha extendido su impacto más allá de los Estados Unidos a través de la organización de un congreso en Roma en febrero de 2020, con la aspiración de reunir a conservadores nacionales de un variado conjunto de naciones europeas. La participación francesa incluyó a Marion Maréchal, Édouard Husson, François de Voyer, Erik Tegnér y Jacques de Guillebon.

La conferencia del conservadurismo nacional en Roma fue significativa por varias razones. Primero, fue quizá la primera manifestación relevante de interés mutuo entre ciertos movimientos políticos de las derechas europeas y conservadores estadounidenses con peso. En la óptica de una reconfiguración política transatlántica, tales vínculos euroamericanos son sin duda necesarios. En segundo lugar, en la conferencia se evitó en sustancia el defecto habitual de los esfuerzos políticos americanos en Europa, que equivalen típicamente a intentos por exportar las ideologías políticas estadounidenses –tales como la exportación de la ideología del *laissez-faire* en los años que siguieron a la caída del comunismo (¡un proyecto que todavía hoy sigue en marcha!). Y finalmente la conferencia del conservadurismo nacional permitió algunas expresiones «orgánicas» de conservadurismo de cada uno de los países europeos participantes: Francia, España, Italia, Hungría y varios otros. Tales esfuerzos se echan cruelmente en falta en la derecha americana.

La dificultad con que se enfrenta el conservadurismo nacional es que está orientado principalmente hacia la reelaboración del conservadurismo en cuanto tal, más bien que hacia la consideración de los desafíos de la política contemporánea. El conservadurismo nacional y el conservadurismo

con principios (anti-Trump) son ambos desarrollos del conservadurismo en cuanto a su contenido. En el contexto anglo-americano, el conservadurismo nacional, como Yoram Hazony lo expone, exalta el empirismo histórico (o tradicionalismo), el nacionalismo (esto es, contrario al imperialismo), la religión, el poder ejecutivo limitado y las libertades individuales. Mientras que el elemento «nacionalista» del conservadurismo nacional es trasladable a otros países, el empirismo histórico y el poder ejecutivo limitado no son los conceptos políticos más urgentes, particularmente en tiempos de crisis económica y emergencia.

Una declaración conexa surgió de la revista conservadora religiosa (ecuménica) *First Things* en marzo de 2019, titulada «Against the Dead Consensus» (Contra el consenso muerto). En esta carta, firmada por quince intelectuales conservadores, se argumentaba que el viejo conservatismo «se contentaba demasiado a menudo con seguir la misma brújula que el liberalismo –a saber, la autonomía individual», y que se había «rendido al dominio de la pornografía en la vida diaria, la cultura de la muerte, el culto de la competitividad». El conservadurismo nacional ofrece una importante alternativa al neoconservadurismo y al fusionismo para los conservadores que quieren sacar partido del nuevo impulso «nacionalista». Pero queda por ver si puede también ofrecer un programa de acción política o una concepción de las circunstancias políticas actuales que abarque a la vez las situaciones americana y europea. Como ilustración del problema, hay que considerar que el conservadurismo nacional apenas ofrece, o no ofrece en absoluto, una concepción del Estado, un concepto político frecuentemente descuidado en el contexto anglo-americano. Con el mismo problema se ha enfrentado *First Things*, en la medida en que la revista evoluciona hacia un enfoque marcadamente postliberal y nacionalista.

Finalmente, muchos activistas conservadores *standard* han sido rebautizados como «pro-Trump». Para quienes no tienen experiencia de primera mano respecto del activismo conservador estadounidense, es difícil de captar hasta qué punto ese campo es dilatado y, en particular, cuánto

dinero –y oportunidades de hacer dinero– lo saturan. Las más grandes conferencias de activistas, sus jefes y sus figuras mediáticas –como la Conservative Political Action Conference, Turning Point USA (y su líder Charlie Kirk), figuras mediáticas como Ben Shapiro y otros incontables más– han sido todos ellos rebautizados como conservadores «MAGA» (*Make America Great Again*, devolver a los Estados Unidos su grandeza). Sin embargo, en su mayor parte esos movimientos no han actualizado sustancialmente sus puntos de vista políticos desde los tiempos anteriores a Trump. A comienzos de la administración Obama, el fenómeno del *Tea Party* (así llamado en recuerdo de las protestas de los colonos en 1773 contra los impuestos ingleses) se formó para protestar contra el rescate de bancos durante la crisis de las hipotecas *subprime*, y contra las leyes de estímulos fiscales utilizadas por el Presidente Obama para combatir la consecuente recesión. El *Tea Party* se apoyó en una posición fuertemente anti-gubernamental que había quedado asociada al conservatismo desde los tiempos de la candidatura presidencial de Barry Goldwater en 1964. Muchos de los grupos militantes conservadores para estudiantes y jóvenes profesionales, como Young Americans for Freedom (fundado en 1960), se remontan a aquella generación y tienen hoy la misma ideología *laissez-faire*.

Los activistas conservadores de esta especie no tienen por lo general formación intelectual ni están interesados en la estrategia política, sino que son esencialmente figuras mediáticas que aspiran a hacer dinero con las oportunidades políticas. Aunque el mundo estadounidense del activismo político conservador pueda parecer impresionante, ha evolucionado en un sentido fuertemente lastrado por el mercadeo y las motivaciones financieras. En estos tiempos en que las derechas construyen en Europa sus propias redes, es importante mantenerlas «flexibles» y abiertas a la posibilidad de un cambio político real y una realineación. Los nuevos debates políticos en Europa podrían ser mucho mejores que las convenciones de activistas en los Estados Unidos: la ventaja de una organización laxa o ligera es que la gente puede realmente hablar acerca de lo que debe hacerse en

la siguiente etapa; el inconveniente de las convenciones de activistas en los Estados Unidos es que existen principalmente para vender productos mediáticos.

Muchos de los activistas conservadores que, en los actos a favor de Trump o en las convenciones políticas conservadoras, se ponen gorras con la palabra «MAGA» (*Make America Great Again*, devolver a los Estados Unidos su grandeza) son pues simplemente libertarios anti-inmigración. Para ser francos, la mayor parte no están allí más que para ganar dinero. Si se les habla de la necesidad de que el Estado apoye a la industria nacional, o de la necesidad de estimular la formación de familias gracias a un programa de ayudas al estilo de Hungría, probablemente le llamarán a uno «socialista». En general, aparte de la oposición a la inmigración y el apoyo al Ejército, no tienen ninguna visión sobre la manera en que debería utilizarse al gobierno. En otras circunstancias volverían a una posición anti-gubernamental y contraria a cualquier aumento de los gastos federales. Irónicamente, muchos activistas conservadores MAGA no reflejan al electorado que llevó a Trump a la victoria en 2016.

5. La derecha postliberal

El tercer grupo de conservadores son aquellos que se apoyan en la elección de Trump, en el *Brexit* y en los movimientos nacionalistas y populistas en Europa para demostrar que la configuración de las ideologías políticas inmediatamente anterior a 2016 era ajena a las condiciones de la realidad. Dado que es a este grupo al que yo pertenezco, pasaré aquí de la descripción de las circunstancias del conservadurismo estadounidense a exponer, aunque sea brevemente, las razones a favor de este tercer tipo de conservadurismo. La mayor parte de mis argumentos pueden encontrarse en forma más extensa en *American Affairs*, la revista trimestral que cofundé con Julius Krein en 2017 (5).

Es importante comprender que el conservatismo americano ha sido anti-estatal desde que se conformó en oposición al

(5) http://americanaffairsjournal.org

New Deal expansionista de Franklin D. Roosevelt en los años 1930 y, en particular, desde su formulación tras la segunda guerra mundial. Las tendencias anti-estatales del pensamiento americano tienen raíces mucho más profundas que en Europa, en parte a causa de las experiencias formativas de la Revolución americana, en parte a causa del sistema de gobierno federal. En el sistema americano cada uno de los cincuenta gobiernos estatales se forma por el pueblo de ese Estado, y el gobierno federal se forma por el pueblo estadounidense en su conjunto, para fines específicos que atañen al interés nacional. Incluso entre los conservadores que no son anti-estatales *per se*, la hostilidad y el escepticismo respecto del gobierno federal o nacional son profundos. Al mirar al conservatismo americano desde Europa, es importante mantener presente este hecho. Mientras que muchos conservadores europeos quieren reformar el Estado porque ahoga a las empresas y se consideran por ello liberales a este respecto, el Estado americano no es visible ni está presente en el día a día de la vida americana. Consideremos que la sanidad se gestiona por el sector privado, las universidades públicas no son gratuitas, los impuestos no son sofocantes y el trabajo se regula de modo mucho más leve o flexible. Sin embargo la mayor parte de los conservadores americanos, tanto intelectuales como activistas, periodistas, equipos de los *think tanks* o demás, *siguen actuando como si el enemigo principal fuese el gobierno federal*, o utilizan una retórica alarmista acerca de los impuestos que no ha cambiado desde los tiempos en que la fiscalidad sobre las personas físicas era elevada, antes de las reducciones de impuestos de Reagan en 1981 y 1986.

Desde el punto de vista de este tercer grupo de conservadores, la concepción liberal del Estado como guardián de la vida y garante de las libertades individuales –concepción compartida por la mayor parte de los conservadores americanos antes de Trump– no es una respuesta adecuada a la situación actual. Se necesita una rectificación *en dirección al Estado*. A propósito de este punto la derecha americana tiene más que aprender de la derecha europea que no al revés. Sobre la base de mi exposición de más arriba acerca del electorado de 2016, las circunscripciones que llevaron a los republicanos

al poder estarían probablemente de acuerdo. Con arreglo a una gran encuesta realizada en marzo de 2019 entre los adultos americanos, muchos de los que contestaron estuvieron a favor de aumentar el gasto federal en casi todas las categorías: educación, ayudas a los veteranos, reconstrucción de autopistas y puentes, *Medicare* (asistencia sanitaria a las personas mayores financiada por el Estado), protección del medio ambiente, salud pública, investigación científica, seguridad social (pensiones), ayuda a los necesitados, antiterrorismo en el interior, defensa y ayuda humanitaria internacional. Únicamente en la categoría de ayudas a los desempleados las respuestas fueron más numerosas a favor de su mantenimiento (43 por ciento) que no a favor de su aumento (31 por ciento) (6). La victoria de Trump sugiere que hay una mayoría de estadounidenses a favor de aumentar la intervención estatal para alinear la producción económica con el interés nacional, y a favor también de poner término a las crecientes aberraciones del progresismo cultural con una rectificación favorable a la familia.

La mejor manera de comprender este movimiento es, creo yo, aceptar que el mantenimiento o incremento del poder del Estado va a proseguir en los Estados Unidos. La cuestión es simplemente si la derecha tiene voluntad de utilizar el poder cuando llega al mismo, y utilizarlo en provecho del bien común. La devoción de la derecha americana durante el siglo XX, dirigida principalmente hacia los mercados no regulados y el libertarismo, contribuyó a que sufriéramos una serie de crisis financieras, la pérdida de las industrias americanas y una incapacidad para regular en lo moral a nuestras propias sociedades. Sin embargo muchos conservadores siguen hablando como si el libertarismo fuese la solución.

Lo que la perspectiva postliberal sugiere es que un reajuste político real es posible, pero que hacerlo requiere que la derecha se concentre en los asuntos con que se enfrentan la economía y las familias americanas, en lugar de en disputas acerca del contenido de la ideología conservadora. En la *Convention de la Droite* (Convención de la Derecha) en París

(6) *Pew Research Center*, «Little Public Support for Reductions in Federal Spending», 11 de abril de 2019.

en septiembre de 2019, se discutió mucho sobre unir bajo una nueva bandera a las facciones conservadoras en lucha. Puede que este enfoque no sea el mejor para producir una realineación política permanente a favor de la derecha (lo cual debería ser el objetivo de la derecha, como lo es de la izquierda). Una realineación política no es simplemente cuestión de reunir a facciones en lucha. Es más bien cuestión de reunir ideología correcta y políticas correctas bajo una bandera que convoque a una base electoral victoriosa. Esa base existe. El fracaso ha estado al nivel de ideología y políticas.

Durante años la derecha no ha tenido ninguna ideología directriz, mientras que la izquierda ha tenido al marxismo y el centro ha tenido al capitalismo liberal. Cuando la derecha se mira a sí misma únicamente en el marco del conservadurismo existente, se contenta con defender o apoyar el sistema económico neoliberal cuyas distorsiones son hoy bien conocidas. Cuando los conservadores se consideran como conservadores del «liberalismo», distorsionan sin necesidad su visión de cuáles son los problemas políticos y económicos realmente urgentes. Cierto que cabe argumentar que un liberalismo verdadero es políticamente responsable, preserva las libertades en lugar de disolverlas en ideología, y se basa en una comunidad política bien definida. La carga que pesa sobre el liberalismo es más bien la de probar que cuenta con un diagnóstico específico del problema político actual, así como con una respuesta al mismo. Habida cuenta de que todo lo que ha conducido a nuestro sistema político hasta su crisis actual se ha hecho en nombre del liberalismo –desde la liberalización de la pornografía hasta la liberalización del comercio, pasando por la orgía mundial del capitalismo liberal en su conjunto–, a mi modo de ver no existe ninguna base política sólida para una defensa conservadora del liberalismo.

6. Políticas para la nueva derecha

Si consideramos las áreas políticas donde se puede y se debe producir un cambio político en los Estados Unidos, hay dos que destacan para la nueva derecha americana: política familiar y política industrial. Respecto de la primera,

limitarse a hablar acerca de las presiones culturales con que se enfrentan las familias, lo cual es lo que típicamente se ha hecho por los conservadores americanos, no es suficiente. Las familias no cuentan con medios económicos para tener hijos, y el índice nacional de fecundidad ha caído hasta el 1,8. Los Estados Unidos disponen de recursos fiscales para una política familiar, como las lanzadas en Hungría y otros países, la cual incentivaría realmente la formación de familias –y la creación de una base electoral estable para los conservadores. En un artículo publicado en otoño de 2019 en la revista *American Affairs*, expuse las grandes líneas de lo que debería ser una propuesta de *FamiliyPay* (ingreso familiar) en los Estados Unidos, centrado en una prestación anual de 6.500 dólares para los matrimonios con un hijo, 11.500 dólares para aquellos con dos, 17.000 dólares para aquellos con tres etc. Los países de Europa no carecen de margen presupuestario para acometer un programa similar. Aunque hablar del «gran reemplazo» es algo controvertido, no hay duda de que dirigir los recursos del Estado hacia fines conservadores es políticamente inteligente. Como ha demostrado la actual crisis del coronavirus, los cambios políticos radicales son posibles en circunstancias extremas, y la derecha debe estar dispuesta a promover planes de gasto que contribuyan al bien común.

En relación con el objetivo de apoyar a la familia, consideremos la cuestión de las leyes sobre decencia que podrían restringir la distribución de pornografía. Sólo en los últimos cuarenta años las leyes de esta naturaleza han dejado de aplicarse en los Estados Unidos. Por desgracia las tendencias libertarias de la derecha americana han contribuido a esta situación. Los conservadores han hecho poco para contener la ola aplastante de pornografía desatada por internet en los últimos veinticinco años, y muchos conservadores nacionalistas dudarían en promover políticas que pudieran ser calificadas como «censura». Aunque el movimiento pro-vida sea muy amplio en los Estados Unidos, las campañas contra la pornografía son escasas. Sin embargo, hay una demanda creciente para que el gobierno federal investigue la trata de seres humanos sobre la cual reposa la industria de la pornografía.

Tampoco aquí la derecha nacionalista ha ofrecido gran cosa, mientras que la derecha postliberal está a favor de exigir una censura razonable contra los materiales obscenos. Los conservadores estadounidenses deberían inspirarse en movimientos anti-pornografía como *Stop au Porno* en Francia.

El segundo terreno donde el pensamiento conservador puede progresar es la política industrial. En los Estados Unidos la política industrial desapareció básicamente del debate público desde el fin de la guerra fría y la transición mundial hacia economías abiertas y demás formas de liberalización. Cabe argumentar sin embargo que durante estos años los Estados Unidos han llevado a cabo una política industrial: deslocalización de la mano de obra y transición hacia una economía digital y de servicios. Desde 1990, China en particular ha aumentado rápidamente su parte en el valor añadido derivado de la fabricación de alta tecnología, al tiempo que el crecimiento de la productividad industrial en los Estados Unidos se ha estancado. Las empresas americanas se han hecho menos innovadoras, no más; invierten menos, no más; y muchas dedican una parte importante de sus beneficios a inflar en bolsa la cotización de sus acciones. El resultado ha sido que los empleos en los sectores de la educación y la sanidad han aumentado, al igual que en ocio y hostelería, mientras que muchos sectores manufactureros tradicionales se han hundido.

Políticos como el senador Marco Rubio en particular han vuelto a incorporar la política industrial al debate, haciendo valer que la seguridad nacional requiere que mantengamos nuestra capacidad industrial, no sólo mediante acciones de comercio internacional al estilo de Trump sino también orientando las inversiones estadounidenses hacia sectores industriales avanzados. Los informes gubernamentales que proceden de la oficina del senador Rubio subrayan la necesidad de hacer frente a los planes de China de dominar la industria manufacturera mundial hacia 2025. China está a sus anchas con un vigoroso programa de industrialización dirigido por el Estado. Aunque la política industrial se haya considerado por lo general más adecuada para las economías en desarrollo, la aterradora realidad es que las economías

occidentales son ya «economías en desarrollo», o lo serán pronto, comparadas con los progresos chinos en los equipos de comunicaciones 5G, inteligencia artificial y muchos otros campos. La crisis del coronavirus ha puesto de manifiesto la dependencia estadounidense de productos farmacéuticos fabricados en China. Una política familiar de conjunto daría a los hombres de Estado de derechas la estabilidad precisa para poner en obra aquellos elementos de una política industrial que se consideren urgentes y necesarios.

Como parte de esta reconfiguración, la doctrina social de la Iglesia ha vuelto a estar en boga con arreglo a nuevas formas. En los Estados Unidos las enseñanzas sociales católicas se han interpretado típicamente por la izquierda (católica) en forma de justicia social y redistribución de la riqueza; y por la derecha, simplemente como oposición al aborto. Durante la guerra fría los católicos de derechas tendieron a mantenerse distanciados de la doctrina social de la Iglesia, o al menos no invocarla, habida cuenta de que parte de la misma abogaba por una posición antinuclear en política extranjera. En consecuencia, los católicos conservadores adoptaron desde los últimos tiempos de la guerra fría la tesis de que el sistema político estadounidense (entendido como economía del *laissez-faire* y conservadurismo moral) era el mejor régimen, con tal de que fuera complementado con las enseñanzas morales católicas. Los católicos conservadores tendieron pues a minimizar toda contribución de la Iglesia al pensamiento sobre economía. En una reducción al absurdo de este enfoque, George Weigel, célebre biógrafo del papa Juan Pablo II, sostuvo que los pasajes de la encíclica *Caritas in veritate* (2009) de Benedicto XVI donde se abogaba por un organismo mundial de supervisión económica no podían atribuirse al papa sino a quienes le habían ayudado a escribirla. Hoy sin embargo la doctrina social de la Iglesia está volviendo a influir en la derecha, cuando los conservadores empiezan a reflexionar sobre la forma de que la economía se ponga al servicio del hombre en lugar de a la inversa. «La tradición de la Iglesia», escribió el senador Rubio en *First Things*, «trasciende las etiquetas identitarias, al insistir sobre el derecho inviolable a la propiedad privada

y los peligros del marxismo, pero asimismo sobre el papel esencial de los sindicatos». Responder al desquiciamiento económico contemporáneo requerirá también una renovación de la tradición corporativista de la Iglesia, en el sentido de gestionar las empresas en nombre del bien común (como en la encíclica *Quadragesimo anno* de Pío XI).

7. Nacionalismo, corporativismo e incluso… integrismo: ¿contendientes ideológicos?

Lo que todavía no se ha encontrado por la derecha es una ideología donde integrar estos elementos de una nueva política que ponga al Estado al servicio del bien común. Habida cuenta de la reacción contra el sistema de separaciones de la democracia liberal, sin embargo, lo que quieren los electorados mayoritarios o potencialmente mayoritarios en Occidente es que sus naciones sean realidades integrales: tener control sobre sus fronteras, una economía puesta al servicio del bien común, los medios para educar familias de bien, y la capacidad de mantener su ventaja estratégica frente a los adversarios emergentes en el Extremo Oriente.

El descubrimiento en 2016 de votantes estadounidenses entre quienes prevalecen posiciones morales de derechas y «estatistas» en lo económico puede que se haya reflejado ya en otros lugares. En el Reino Unido, este grupo se manifestó con vigor tanto en el referéndum de 2016 sobre el Brexit como en las elecciones de diciembre de 2019 que, de hecho, fueron como un segundo referéndum sobre el Brexit. El mismo grupo de electores mantiene a Viktor Orbán en el poder en Hungría y ha establecido y ampliado una mayoría de derechas en Polonia. Países que previamente se reputaban por los medios de comunicación como inmunes a los movimientos populistas, tales como España, apuntan ahora una tendencia (aunque confusa) en esa dirección. Si bien las circunstancias son diferentes, cada uno de estos cambios sigue un patrón similar. En algún punto del camino, un emprendedor partido de derechas se da cuenta de que el liberalismo se ha convertido en una ideología exhausta –exhausta porque es incapaz de formular con claridad lo que es el bien común,

e incapaz de inspirar la lealtad y el sacrificio compartido que se requieren para que los estados nacionales funcionen.

En cualquier lugar donde la derecha tiene éxito, está evolucionando hacia una posición política postliberal que aspira a reintegrar sociedad, economía y Estado. Para hacerlo de este modo, debe comenzar con una base de votantes conservadores en lo social, ya que los votantes se dividen con más fuerza en asuntos de sociedad que no en los económicos. En lugar de intentar convertir a estos votantes en liberales económicos, la derecha debería darles lo que quieren: una economía orientada hacia la nación utilizando los medios del Estado, y una sociedad favorable a la vida familiar. En el plano interno estadounidense, este movimiento no se hará sin que necesariamente la derecha cambie de manera notable. Cualquiera que sea para ciertos sectores conservadores la importancia de las tradiciones del conservatismo anglo-americano, ha llegado el momento en que la política y el Estado deben reafirmarse contra el intento de disolverlos en los mercados y una comunidad global sin fronteras. Esto requerirá que la derecha se haga más corporativista en su visión de la gestión empresarial al servicio del interés nacional, y más integrista en su visión de los lazos entre gobierno y bien común. Unas pocas palabras sobre el «integrismo»: este término ha vuelto a ponerse en boga en inglés, no para postular ninguna unión inmediata entre la Iglesia y el Estado, sino para afirmar que la separación liberal entre la política y el bien común es insostenible y debe superarse.

A estas alturas la respuesta incipiente a la crisis del coronavirus está ya forzando a la derecha estadounidense, en una situación urgente y dolorosa, a aceptar la necesidad de una coordinación estatal de la industria. El modo en que el Partido Republicano responda a esta crisis nos revelará mucho acerca del grado en que esta realineación política haya comenzado a tomar forma. Los Estados Unidos aprobarán pronto estímulos fiscales de cuantía nunca vista desde la administración Obama en 2009 –cuando los estímulos de Obama provocaron una ola de indignación conservadora. (A fecha 21 de marzo de 2020 este paquete presupuestario está todavía en discusión). Es ahora el turno de los conservadores para lanzar un

programa expansivo, con la aspiración de asentar la economía americana sobre bases más sanas. Como mínimo, se ha hecho evidente que la ideología libertaria es peor que inútil en tiempos de crisis.

Una realineación transatlántica requerirá que las derechas de los Estados Unidos y Europa adopten un enfoque similar –lo cual no fue el caso en el pasado–. Hay un fuerte incentivo a favor del establecimiento de lazos estratégicos: cuando la derecha está en el poder en los Estados Unidos, los conservadores europeos pueden mostrarla como un signo de la dirección que debe tomarse; cuando la derecha está fuera del poder en los Estados Unidos, es ella la que puede poner el foco sobre los ejemplos exitosos de políticas de derechas en Europa. Las dos orillas del Atlántico se necesitan una a otra más que nunca. Conocemos ya las características de las derechas que próximamente pueden triunfar en Europa. El tiempo nos dirá si pueden exportarse. Si la respuesta es positiva, entonces la Cristiandad no solamente podrá recuperar sus antiguas fuerzas, sino incluso alcanzar nuevas cumbres.